

# MAQUIAVELO

---

SU PERSONALIDAD. DATOS BIOGRAFICOS. LAS LEGACIONES  
SU CORRESPONDENCIA

Analizar la personalidad de Maquiavelo durante los años conocidos de su existencia, es tarea superior a nuestras fuerzas. Abarcar en conjunto la multiplicidad de su carácter y de su obra, para extraer de ellas los rasgos que definan y marquen en forma sintética la recia armazón del escritor, el brillo incomparable de su genio, su poderosa imaginación, su infatigable actividad, su compleja psicología, mezcla de grandeza de alma y mezquindad, de pureza y corrupción; formar con ellos un todo armónico, como realmente era, y relacionarlo con la moral, las costumbres, los vicios y las pasiones de su siglo, para extraer un juicio de conjunto que lo defina y juzgue, sería obra de un artista eximio que uniera a su inspiración la universalidad de los conocimientos humanos.

Trataremos con todo de esbozar su personalidad de conjunto, trayendo en nuestra ayuda los juicios de aquellos que con gran autoridad y sólido estudio, lo han analizado desde alguna de sus múltiples fases.

Hay en su vida una trágica y constante contradicción entre sus méritos y la relativamente obscura situación en que lo coloca la suerte. Magnífico por su desprendimiento,

la escasez de dinero se convierte en el *leitmotiv* de su vida; capaz de regir un Estado por su habilidad política, queda siempre en segundo plano, y sólo en el libre campo de las letras y de las ciencias, es donde realmente triunfa.

« Durante largo tiempo — dice Villari — ha sido Maquiavelo una esfinge cuyo enigma parecía incomprendible. Monstruo de perfidia, según unos, y en concepto de otros ejemplo de nobilísimo patriotismo; para aquéllos contienen sus escritos inicuos consejos encaminados a consolidar la tiranía; éstos defienden que *El príncipe* no es sino una sangrienta sátira de los déspotas, hecha con el propósito de afilar los puñales contra ellos e instigar a los pueblos a la rebelión. Mientras unos ponderan el mérito literario y científico de sus obras, afirman otros que son conjuntos de doctrinas erróneas y peligrosas, capaces de corromper y arruinar a la sociedad que fuese bastante necia para aceptarlas. Hasta el nombre mismo de Maquiavelo ha llegado a ser, en el lenguaje vulgar, un insulto.

« Si autorizados críticos redujeron a justos límites estas exageraciones, no por eso se ha llegado aún, en punto de capital importancia, acerca de Maquiavelo y sus escritos, a un juicio universalmente aceptado. »

Es que no es posible juzgarlo aisladamente, y de acuerdo con la moral y principios que animan al crítico, sino que hay que colocarlo dentro del marco en que vivió y analizar el valor moral de sus acciones de acuerdo con las costumbres de su época. A este respecto dice Macaulay en su excelente estudio sobre Maquiavelo : « Cada época y cada pueblo tienen ciertos vicios característicos, que predominan casi universalmente, que con dificultad y empacho se confiesan y que los más rígidos moralistas no censuran sino de una manera débil. Las generaciones que se suceden cambian de moda de moral como cambian de moda de ves-

tir, y al tomar bajo su protección nuevos estilos de perversidad, se admiran y se espantan de la depravación de sus antepasados. Aun hay más : la posteridad, ese tribunal supremo de apelación que en todo momento encarece la rectitud y la excelencia de sus fallos, ejerce su ministerio en esta circunstancia como los dictadores romanos después de las sediciones, porque, hallando que los delincuentes son demasiado numerosos para castigarlos a todos, coge a la ventura una parte de ellos y descarga sobre su cabeza el peso de su venganza, sin advertir que aquellos pocos no son más culpables que los demás que salgan libres. No tratamos de averiguar si el diezmar es un modo de castigo eficaz en la milicia; pero sí protestamos contra su introducción en la filosofía de la historia.

« En el caso de que se trata, le ha tocado la suerte a Maquiavelo, hombre cuya conducta pública fué leal y honrada, cuya moralidad, si difiere de la de sus contemporáneos, es porque era mejor, y cuya única falta ha sido la de haber expuesto más claramente y expresado con más energía que otro alguno las máximas que se profesaban en su época y que había adoptado. »

Sigue analizándolo como escritor dramático, y afirma : « Demostró en *La Mandrágora* que conocía perfectamente la naturaleza del arte dramático, y poseía facultades que le hubieran permitido brillar en él. Porque, merced a su pintura vigorosa y correcta de la naturaleza humana, sabe producir interés sin necesidad de intrigas hábiles o agradables, y hacer reír sin apelar a recursos de ingenio.

« La correspondencia política de Maquiavelo, sacada por primera vez a luz en 1767, es indudablemnte auténtica y preciosa en extremo. Las deplorables circunstancias en que se halló colocada su patria durante gran parte de su vida pública, eran muy ocasionadas a desarrollar de una ma-

nera extraordinaria los talentos diplomáticos. A contar desde el día que Carlos VIII descendió de los Alpes, el carácter de la política italiana cambió por completo; los gobiernos de la península cesaron de formar un sistema independiente, y arrastrados fuera de su antigua órbita por la atracción poderosa de los cuerpos superiores que se acercaban a ellos, se transformaron en satélites de la Francia y de la España. La influencia extranjera decidió sus querellas, así dentro como fuera del país; los intereses de las facciones rivales se discutían y ventilaban no en la sala del Senado ni en la plaza pública, sino en el gabinete de Luis de Francia o de Fernando el Católico, y en tales circunstancias la prosperidad de los Estados italianos antes dependía de la habilidad de sus agentes en el extranjero, que no de la conducta de los que se hallaban encargados de su administración y régimen interiores. Los embajadores de aquel tiempo tenían que cumplir obligaciones más difíciles y delicadas que las de cambiar reverencias, canjear cruces y placas y ofrecer a sus colegas el homenaje de su distinguida consideración, porque eran defensores vigilantes de los intereses más caros de la patria, y espías revestidos de carácter inviolable, que, en vez de circunscribirse a emplear maneras corteses y circunspectas y estilo ambiguo para sostener la dignidad de sus comitentes, debían empeñarse en todas las intrigas de la corte en que residían; descubrir y fomentar todas las flaquezas del príncipe y las del valido que los gobernaba, y las del ayuda de cámara del valido y las de la favorita, sin olvidar al confesor, y halagar y suplicar, y reír y llorar, y acomodarse a todos los caprichos y a todas las exigencias y calmar todas las sospechas, y recoger todos los rumores, y hacer todos los oficios y todas las cosas, y observarlo todo y soportarlo. Tales eran los tiempos que hacían necesario a los sagaces polí-

ticos italianos el ejercicio de todas sus facultades y aptitudes para servir a su patria.

«Maquiavelo deploraba las desgracias de su patria y discernía claramente la causa y el remedio. Y como el sistema militar del pueblo italiano había extinguido su valor y su disciplina y convertido sus tesoros en sebo asequible a todos los expoliadores extranjeros, Maquiavelo formó el proyecto, que así hace honor a su corazón como a su inteligencia, de abolir las tropas mercenarias, organizando una manera de milicia ciudadana. Los esfuerzos que hizo para lograr ese objeto verdaderamente grande, bastaría por sí solo para poner su nombre al abrigo de la maledicencia. Porque, pacífico por hábito, por temperamento y por la índole de sus ocupaciones, escribió con la mayor asiduidad la teoría de la guerra y se penetró de sus menores detalles, haciendo adoptar sus miras al gobierno de Florencia, el cual nombró un consejo de guerra y dispuso lo necesario a la realización de su proyecto.

«No es posible imaginar inteligencia más sana y vigorosamente constituida que la de Maquiavelo. Las cualidades del hombre de Estado práctico y del hombre de Estado contemplativo, se hallan evidentemente reunidas en él con singular y perfecta armonía; que su habilidad en el detalle de los negocios no se había desarrollado a costa de sus facultades generales. No decimos con esto que su imaginación fuera menos basta; queremos decir que sus meditaciones eran más correctas y que poseía en alto grado el carácter vivo y práctico que lo diferencia tanto de las vagas teorías de la mayor parte de los filósofos políticos.

«Cuantos conocen el mundo, saben que nada es más inútil que las máximas generales: si son morales, son buenas para darlas como muestras de escribir en las escuelas gratuitas; si son a la manera de las de La Rochefoucauld, po-

drán servir de muy excelentes epígrafes a los ensayos; mas es lo cierto, que entre todos los apotegmas que se han hecho desde la época de los siete sabios de Grecia hasta la del pobre Richard, hay pocos que hayan sido parte a evitar una sola necesidad. Sin embargo de esto, rendiremos a los preceptos de Maquiavelo el más grande y raro de los elogios diciendo que puede servir de regla de conducta con mucha frecuencia, no porque sean más exactos y profundos que los de otros autores, sino porque pueden aplicarse más fácilmente a los problemas de la vida real.»

Son interesantes, por la faz bajo la cual analiza la personalidad de Maquiavelo, los juicios emitidos por Ch. Louandre en un prólogo de las obras políticas del mismo. Dice entre otras cosas, lo siguiente : « Empleado del gobierno de Florencia, hombre público o privado, él queda siempre en segundo rango; pensador, él marcha a la cabeza de su siglo, y para juzgarlo seguramente es necesario distinguir en él el hombre del escritor.

« Como escritor, él funda una ciencia nueva : la de la política, y en esta ciencia él resume todo el espíritu del renacimiento; como hombre, vivió simplemente, ignorado, por así decir, su genio, pues es a la edad de cuarenta y cuatro años que él escribe su primer tratado, como una simple confidencia o como un pedido, dirigido a un protector o a un amigo. Su vida transcurre en forma un poco opaca, mezclado a un gran número de asuntos y sin embargo siempre afuera de la dirección soberana. Como secretario del Consejo de los diez, Maquiavelo no es un hombre político; es un empleado superior, que puede dar pareceres pero que debe siempre ejecutar órdenes; en una palabra : él vive con una parte de influencia muy restringida, sin otra ambición que la de un empleo que le permita vivir, y aun con pequeñas asignaciones, como se ve en mu-

chos pasajes de las legaciones, donde la cuestión de sus finanzas, siempre dificultosa, le preocupa tanto como la política.

« Se ha presentado al secretario florentino, como el oráculo de la política italiana del siglo XVI; se le ha atribuído una preponderancia soberana; se ha, por así decir, hecho entrar a la fuerza en los acontecimientos, y para confirmar su importancia, se ha buscado a poner de relieve los detalles más insignificantes. La ilusión era lógica; porque era natural creer que el hombre que había revelado y penetrado todos los misterios del arte del gobierno, que el hombre que era leído por todos los personajes de la historia moderna, habría ejercido sobre sus contemporáneos una verdadera fascinación, y sobre los negocios y cuestiones de su país una presión irresistible. Nosotros ya lo hemos dicho : Maquiavelo ha vivido tranquilamente ejerciendo sus funciones, que a pesar de la pomposa apariencia de su título, no eran por esto menos secundarias. Esta influencia personal que se le ha atribuído, él no la ha buscado, él no ha hecho nada por obtenerla, y es imposible encontrar, a fuera de estas hipótesis de los comentadores, la prueba positiva de que ella haya existido realmente.

« Interroguemos a la historia; ella no habla nada del papel político de Maquiavelo. Silencio absoluto de los escritores de todos los partidos, güelfos o gibelinos, de todas las nacionalidades italianas, florentinos, lombardos, napolitanos, romanos. Interroguemos a los historiadores franceses, alemanes, españoles, del siglo XVII; es siempre y en todas partes el mismo silencio. El nombre de Maquiavelo, en el tiempo mismo donde él ha vivido, no es mencionado más que dos veces. La primera por Guicciardini, en una frase muy insignificante; la segunda, y aquí la mención es inevitable, en la lista de las personas arrestadas en la conspiración de 1513. Ciertamente la historia no tiene esas re-

tiencias respecto a aquellos que han realmente dominado los destinos de su país; ella puede maldecirlo pero no puede olvidarlo nunca. Interroguemos los escritos de Maquiavelo; sus legaciones, su correspondencia, su vida y sus obras responden como la historia. Jamás en sus legaciones, dice justamente Ferrari, él no decide un suceso que lo haga indispensable, y en la más célebre de sus misiones, aquella que él desempeña ante César Borgia, él solicita al gobierno de enviar hombres más influyentes, más al corriente de los negocios y que puedan desempeñarse mejor.»

Gingene dice a su vez : « Se ha visto que en todas las legaciones que él había desempeñado, él aparecía siempre con su título ordinario, sin llevar jamás el de embajador, y unas veces para ayudar, otras para esperar que un embajador parta o llegue. » En otros términos, Maquiavelo hacía de interino.

« En la historia, Maquiavelo es uno de los grandes escritores de la Italia; nadie lo ha sobrepasado en la exposición y en la *mise en scène* de los hechos; nadie ha tratado con una habilidad tan penetrante la fisonomía de los acontecimientos. El drama marcha y se desarrolla a través de una relación calma e impasible. El historiador asiste a los crímenes de la edad media, como Gregorio de Tours a los crímenes de los merovingios sin sorpresa y sin piedad, y bajo esta frialdad animada solamente por la luz de un gran estilo, él tiene como una sonrisa irónica contra la humanidad. Maquiavelo, por la astrología, vuelve hasta la fatalidad antigua; es a la marcha de los astros que gobierna el mundo, pero al lado de esa influencia misteriosa él coloca un dios nuevo, el dios de los tiempos modernos, la inteligencia. Se creería leer a Tácito, pero Tácito, cesando de indignarse contra el crimen, se enternece por los malhechores de la virtud.



« En sus comedias, y sobre todo en *La Mandrágora*, Maquiavelo, al juicio de Voltaire, se coloca al lado de Aristófanes, como en sus cuentos él se coloca al lado de Boccaccio, y la *vis comica* de los antiguos se encuentra felizmente mezclada y confundida con la verba riente de los trovadores; por último, en su tratado sobre el arte militar, él se muestra un crítico inteligente de la táctica del siglo XVI, y al mismo tiempo que un comentador claro de la táctica romana, y siempre en esos géneros tan diversos resulta un espíritu superior, pero ante todo un espíritu del siglo XVI dominado de un lado por las tradiciones de lo antiguo y del otro por las aspiraciones ardientes del Renacimiento.

« Historia, comedia, poesía, cada uno de los escritos de Maquiavelo bastaría a la gloria de un solo hombre; pero es siempre el libro de *El príncipe* y los *Discursos sobre Tito Livio* que han asegurado a su nombre un brillo imperecedero. »

Respecto a su vida privada, nada nos dará un juicio más acabado de su personalidad que la transcripción que hacemos de una carta en la cual él mismo la examina y juzga :

« Quien viese nuestras cartas, honorable compadre, y viese la diversidad de ellas, se maravillaría bastante, porque le parecería hora que nosotros fuésemos hombres graves, entregados por completo a las cosas grandes, y que en los pechos nuestros no pudiese caer ningún pensamiento que no tuviese en sí honestidad y grandeza. Pero después, dando vuelta el papel, pareceríamos a aquellos, nosotros mismos, ser ligeros, inconstantes, lascivos, inclinados a cosas vanas, y este modo de proceder, si a alguno le parece vituperable, a mí me parece digno de elogio, porque nosotros imitamos la naturaleza, que es varia, y quien imita a ella no puede ser reprendido. »

La familia de Maquiavelo era antiquísima en Toscana y venía de Montespertoli, pequeña comuna entre el valle de Elsa y el valle de Pesa, poco lejos de Florencia. En sus antiguos cuadernos de memorias, alguno de los cuales se encuentra aún hoy en las bibliotecas florentinas, se lee que ellos eran consortes de los señores de Montespertoli, aun más, descendían de una misma stirpe. Buoninsegna de Dono de los Machiavelli, según estas memorias, habría, cerca del 1120, tenido dos hijos, Castellano y Dono. Del primero habrían venido los Castellani, señores de Montespertoli, del segundo aquellos que tuvieron el nombre de Maquiavelo. En 1393, Ciango de los Castellani de Montesperto dejó Boninseña y a Lorenzo de Filippo Maquiavelo, triabuelo del gran escritor, el castillo de Montespertoli, con derecho de patronato sobre muchas iglesias. Esta heredad, que no tenía gran valor, habiendo entonces sido abolidos los derechos legales, trajo a los Maquiavelos algunos privilegios, como, por ejemplo, la privativa del peso y medida pública, el homenaje de algunos ofrecidos cada año y le permitió a ellos poner las propias armas sobre el brocal del pozo en la plaza del mercado, a la cual se había dado su nombre. El resto no tenía gran valor, y se fué dividiendo entre las muchas ramas de la numerosa familia. Bastante poco le correspondió al padre de Nicolás Maquiavelo, cuyos bienes propios se hallaban en la vecina comuna de San Casiano. Tenía sin embargo algunos derechos sobre el castillo, que no le rendían nada, y derechos de patronato sobre varias iglesias, parte de los cuales venían ellos también de la heredad de Montespertoli. Los Maquiavelo tenían después su casa en el cuartel de San Espíritu, cerca de Santa Felicitá y el Puento Viejo en Florencia, donde se habían establecido de tiempos bastante remotos y eran entre los más notables ciudadanos. En efecto, los encontramos entre aque-

llos que debieron en 1260, después de la derrota de Monteabierta, exilar. Bien pronto, sin embargo, se repatriaron con los otros güelfos, y son a menudo mencionados en la historia de la república en cuyo gobierno tomaron parte, ostentando un gran número de priores y de gonfaloneros.

Bernardo de Nicolás Maquiavelo, nacido en 1428, fué juriconsulto, ejerció algún tiempo el puesto de tesorero de Lamarca, y en 1450 heredó los bienes de su tío Totto de Boninseña Maquiavelo. En 1458 contrajo enlace con Bartolomea, viuda de Nicolás Benizze e hija de Stefano de los Nelli, antigua familia florentina. No se puede suponer que este matrimonio aumentase su fortuna privada, ya que las mujeres llevaban entonces dotes muy reducidas. En cualquier modo, en el catastro de 1498, sus entradas, que después, como veremos, pasó por un acuerdo estipulado en 1511 todo al hijo Nicolás, era avaluado en ciento diez florines, lo que lo hacía si no rico, de un buen pasar. Si Bernardo era un hombre dado a los estudios, Bartolomea era mujer religiosa y nó privada de cultura, habiendo escrito algunos capítulos y laudos a la Virgen, dedicándolos a su hijo Nicolás. De este matrimonio nacieron cuatro hijos: Totto, Nicolás, Primerana y Ginebra. De las mujeres, la primera casóse con Francisco Vernacci, la segunda con Bernardo Minerbetti. De los varones, Totto, nacido en 1463, no se sabe que contrajese matrimonio, y cae bien pronto en la obscuridad; Nicolás, en cambio, nacido el 3 de mayo de 1469, es en seguida, como veremos, el personaje más autorizado de la familia, tanto por sus estudios como por su ingenio. El día 11 de octubre de 1496, moría la madre de Maquiavelo; y ni siquiera sobre este hecho, que en la vida de todo hombre tiene una importancia grandísima, encontramos una sola palabra, que pueda, aunque de lejos, hacer conocer lo que él sintiese en tal ocasión. Todo es perfecta-

mente obscuro. El tenía entonces 27 años, y hasta aquel tiempo no queda de él un solo verso y ni siquiera una sola palabra de escritores que lo hagan conocer poco o mucho.

Las primeras palabras que se encuentran escritas por él, son una carta italiana y un trozo de carta latina, ambas de diciembre de 1497 y sobre el mismo argumento. Desde el tiempo del papa Juan XXIII, los Maquiavelo habían tenido el derecho de patronato sobre la iglesia de Santa María de la Fagnà en Mugello. Este derecho querían ahora usurparlo los Pazzi, pero todos los Maquiavelo, si bien viviese aún Bernardo, comisionaron en cambio al hijo de Nicolás para que escribiese en favor de los derechos comunes. Así tenemos las dos cartas a un prelado romano, que probablemente era el cardenal Perugino, ya que a él escribía sobre el mismo argumento : la República. En ellas Maquiavelo, con mucha cortesía y promesas al prelado, y con un lenguaje altisonante, sostiene los justos derechos que la familia había confiado a su defensa y que finalmente, en efecto, triunfaron.

Dos cosas resultan claras de todo esto : que Nicolás conocía entonces el latín y lo escribía, lo que había sido puesto en duda por algunos; que todos los Maquiavelo hacían gran caso de él, habiéndolo elegido como su representante y defensor. En medio de las pocas noticias llegadas hasta nosotros, las cuales a menudo aun se contradicen entre ellas, no es fuera de lugar afirmar bien aquellas que al menos son seguras. No puede por cierto maravillarse que tuviese ya una suficiente instrucción literaria un hombre tan singularmente dotado de la naturaleza; nacido en una familia no privada de fortuna, ni de cultura; que pasó su juventud bajo el dominio de Lorenzo el Magnífico, cuando abundaban las escuelas, las lecciones públicas en el Studio, cuando las letras italianas y latinas se aprendían casi sin

darse cuenta, aun en el conversar, y las reminiscencias de la antigüedad estaban en la atmósfera que se respiraba. Extraño hubiera sido, en cambio, aquello que pretendieron algunos, siguiendo las pocas seguras afirmaciones de Giovio, esto es, que Maquiavelo estuviese entonces casi privado de toda cultura, y sólo más tarde aprendiese de Marcelo Virgilio Adriani todo aquello que llevó en sus obras de autores griegos y latinos. Por otra parte, si bien Maquiavelo fuese ya culto en su juventud, y con el tiempo adelantase mucho en el estudio de los clásicos, y le gustase no poco el conversar frecuente con Marcelo Virgilio, no se puede siquiera prestar fe a las afirmaciones de aquellos que quisieran hacerlo un erudito y un profundo conocedor del griego. Que haya o no conocido los primeros elementos del griego no se puede negar ni afirmar y es en sí mismo cosa de poca importancia; que mucho leyese las traducciones de autores griegos y se valiese de ello en sus escritos, no se puede poner en duda; pero que estuviese en estado de leerlos en los originales, lo que tendría ciertamente mucha importancia saberlo, no hay ningún argumento seguro para creerlo. En medio a tantas citaciones latinas, no se encuentra una sola en griego; tenemos de él algunas traducciones en latín, y ni una sola página que él diga haber traducido del griego, ni un solo autor que él afirme haber leído en aquella lengua. Por otro lado, es cierto que sus contemporáneos no lo ponían entre los eruditos; Varchi aun lo dice : « más vale sin letras que literato »; Juliano de Ricci, descendiente por parte de la mujer de Maquiavelo, acerca del cual recoge todas las noticias que puede, combate la aseveración de Giovio, probando que su ilustre antepasado conocía el latín; pero del griego no dice ni una palabra. En suma, de todo aquello que sabemos con certeza, se puede concluir que Nicolás Maquiavello tuvo en

su juventud la más general instrucción literaria de sus tiempos, no aquella de un erudito, y que a los escritores griegos los estudió bastante, pero sólo en las traducciones; y no parece que se adelantase gran cosa en el estudio del derecho, del cual sin embargo debió tener algunos conocimientos. El resto lo hizo más tarde por sí con la lectura, con las meditaciones y más que todo con la experiencia de los negocios y el conocimiento de los hombres. Ciertamente él debió, por una cultura relativamente restringida, sentir algún daño; pero tuvo también la inestimable ventaja de conservar más viva la espontánea originalidad de su ingenio y de su estilo, que no fueron, como a tantos ocurría entonces, sofocados bajo el peso de la erudición.

Grande era todavía su entusiasmo por los antiguos, especialmente por los romanos; pero tenía algo que recordaba a Cola de Rienzo y Stefano Porcaro, más vale que el simple erudito. Viviendo después en aquel siglo de letras, de artes, de conjuras, de escándalos papales y de invasiones extranjeras, él había pasado su tiempo no sólo con los libros, sino conversando y meditando de continuo sobre los hechos que se sucedían tan rápidamente en torno a él. Y entre éstos debió hacer ciertamente sobre él una muy profunda y penosa impresión, la venida de los franceses en 1494, impresión mitigada en parte por la expulsión de los Médicis y la proclamación de la república en Florencia. Lleno de reminiscencias paganas y de una gran aversión por todo aquello que sentía a curas o a frailes, al ver que la república era dominada por la elocuencia de un fraile, se inclinó hacia aquellos que lo llevaron al suplicio, si bien más tarde dejase en sus escritos escapar palabras de admiración, no libres sin embargo de alguna ironía. Cuando las cenizas de Savonarola fueron tiradas al Arno, y los Piagnoni fueron perseguidos, las cosas tuvieron un aspec-

to menos contrario a sus ideas. Entonces, como es natural, siguieron también diversos cambios en los puestos públicos, y Maquiavelo, que a los 29 años se encontraba sin una profesión y sin una fortuna propia, pensó en buscar alguna ocupación que le diese con el propio trabajo honestas ganancias. La cosa no debía ser muy difícil, porque él no miraba demasiado alto, y la república solía ya de mucho tiempo emplear en puestos estipendiados hombres de letras, máxime en sus secretarías.

La primera de esas era aquella de los señores al frente de la cual estaba aquel que se llamaba propiamente el secretario o canciller de la república. Este era un oficio muy honorable, confiado a hombres como Poggio Bracciolini, Leonardo Aretino y semejantes. Venía después la segunda cancillería, aquella de los Diez, que si bien tenía su propia importancia, se encontraba también en una cierta dependencia de la primera. Los Diez trataban las cosas de la guerra y del dominio interno de la república, lo que llevaba a ellos grandes trabajos. Enviaban también embajadores al extranjero y tenían con ellos correspondencia; pero en esto se encontraban como unidos y aun dependientes de los señores. Así, la segunda cancillería recibía a menudo órdenes de la primera, y cuando, cosa que ocurría algunas veces, los Diez no eran elegidos; entonces las dos cancillerías formaban casi una sola bajo la dirección del primer secretario.

Hacia el fin del año 1497 había muerto Bartolomé Scala, célebre erudito, que había sido largo tiempo secretario de la República, y a su vez en febrero de 1498 fué nombrado Marcelo Virgilio Adriani con el estipendio de 330 florines anuales. Más tarde fué privado del puesto Alejandro Braccesi, otro de los secretarios de la Señoría, pero que servía en la segunda cancillería, y fué entonces cuando fueron propues-

tos cuatro nombres, primero en el Consejo de los ochenta y después de cuatro días, esto es, el 19 de junio, en el Consejo mayor. Entre estos nombres se encontraba el de Nicolás de Bernardo Maquiavelo, que tuvo el mayor número de votos, y quedó elegido con la asignación de 192 florines anuales. El catorce de julio del mismo año fué por los señores reconfirmado y pasado a la segunda cancellería, jefe de la cual quedó hasta que no fué destruído el gobierno republicano en 1512. Esta promoción debió llevar el estipendio a 200 florines, que era lo fijado para el segundo canceller. Pero es de notar que, según la ley, éstos eran florines de cuatro liras cada uno, y no de siete como los florines ordinarios de entonces, con más una retención de nueve dineros por lira; de manera que Maquiavelo recibía efectivamente una asignación no muy superior a cien florines oro. Fué entonces, a su edad de cerca de 30 años, que Maquiavelo se encontró como secretario junto a Marcelo Virgilio, que pudo ser entonces su docto amigo, no su maestro.

Marcelo Virgilio había nacido en 1464; tenía entonces cinco años más que Maquiavelo. Había sido discípulo de Landino y de Poliziano; conocía el griego y el latín, la medicina y las ciencias naturales; tenía gran facilidad de hablar improvisando, los mismo que en latín. Estas cualidades oratorias eran ayudadas por un aspecto exterior bastante imponente; él era alto, de un porte digno, con una frente espaciosa y un semblante abierto. Nombrado en el Studio profesor de letras en 1497, continuó dando lecciones hasta 1502. Dejó muchas oraciones latinas, la mayor parte inéditas todavía; una traducción del *Discoroide*, que si bien no es la primera, ni muy correcta, le hizo tener el nombre de Discoroide toscano. En substancia, era un erudito de aquellos que podrían llamarse de la vieja escuela,



y en medio a los deberes de su oficio, no abandonó jamás los estudios clásicos, de los cuales, conversando o por cartas, se entretenía siempre con los amigos.

Bastante distinto era Maquiavelo. De mediana estatura, delgado, con ojos vivísimos, cabellos oscuros, cabeza más bien chica, nariz ligeramente aquilina, la boca solía tenerla siempre apretada; todo tenía en él la expresión de un agudo observador y de un pensador, pero no de un hombre autoritario y que se impusiera a los otros. El no podía fácilmente librarse de un sarcasmo que estaba continuamente sobre sus labios, y brillaban sus ojos, dándole toda la apariencia de un espíritu calculador e impasible. También su fantasía tenía sobre él un gran poder y fácilmente lo dominaba; alguna vez lo transportaba en forma de hacerlo inesperadamente parecer un visionario. Comenzó en seguida a servir a la República fielmente, con todo el ardor de un antiguo florentino, exaltado por las reminiscencias de la Roma pagana y republicana. Si no estaba, en efecto, contento de la presente forma de gobierno, estaba contentísimo que hubiera cesado la tiranía de los Médicis, y el predominio de un fraile. Seguramente el conversar con Marcelo Virgilio fué útil, y es creíble que él asistiese todavía a algunas lecciones de su superior; pero no le podía quedar mucho tiempo libre, porque estaba ocupado de la mañana a la noche en escribir cartas de negocios, de las cuales se encuentran aún hoy muchos millares en los archivos florentinos. Aparte de eso, él era a menudo mandado en jira por el territorio de la República, y bien pronto le fueron también confiadas importantes legaciones en el extranjero. En esos asuntos se ponía por entero, porque eran de su gusto y porque tuvo siempre una febril actividad. Las horas libres las dedicaba a la lectura, a la conversación y también a los placeres de la vida. De alegre

compañía, se encontraba en buenos términos con los colegas de la cancillería, y bastante más que con Marcelo Virgilio, su superior, hizo intimidad con Biagia Buonaccorsi, que tenía un grado inferior, era un literato de mediocre ingenio, pero un buen hombre y amigo fiel. Estos, cuando Maquiavelo se encontraba lejos, le escribían cartas largas y afectuosas en las cuales se transparenta una verdadera amistad y se ve también cómo el primer secretario de los Diez era muy dado al alegre vivir, y a los mudables y poco castos amores, de los cuales discurría en un lenguaje poco edificante. »

Desde el momento en que tomó posesión de tan importante cargo, comenzó para Maquiavelo una nueva época de su vida en que puso en evidencia su talento por la habilidad y brillo con que desempeñó las importantes misiones y comisiones que se le confiaron, por la amplitud y profundidad de sus conocimientos, y por las importantes y felices iniciativas con que contribuyó a resolver las dificultades a que se hallaba abocada la República.

El momento político porque atravesaba Italia en aquella época, parecía tornarse favorable a los intereses de Florencia, la que, después de obtener la buena voluntad del papado por el martirio de Savonarola y contar con la amistad de Francia, deseaba combatir a los pisanos para vencer su rebelión y esperaba poder hacerlo sin desencadenar sobre ella nuevas guerras. Pero esto fué imposible en medio del cúmulo de rivalidades y encontrados intereses que, si bien se mantenían en equilibrio momentáneo, se desataron con motivo de esta lucha, obligando a los florentinos a hacer frente a un enemigo tan temible como los venecianos, que a instigación de los Médicis movieron guerra a la República.

En estos acontecimientos, Maquiavelo tenía gran participación, porque de él dependía todo el trabajo de la cancellería de los Diez. Escribía gran número de cartas, mandaba órdenes, expedía dinero, armas, y algunas veces debía ir él mismo a conferenciar con los capitanes. Dentro de estas actividades se le confía la primera comisión enviándolo el 24 de marzo de 1499 a entrevistarse con Jacobo IV de Apiano, señor del Piombino, el cual reclamaba mayores tropas y paga. Debía tratar de conformarlo, prometiendo para más adelante lo que solicitaba e inducirlo a continuar las operaciones.

La rivalidad de los jefes de las distintas tropas aumentaba enormemente los gastos por los continuos pedidos de mejoras, nuevos armamentos, y trajo por consecuencia la paralización de las operaciones, lo cual produjo gran descontento en el pueblo, lo que se tradujo en la resolución de no votar los nuevos miembros que debían integrar el Consejo de los Diez, por lo cual la Señoría se vió obligada a hacerse cargo de la dirección de la campaña, conservando como canceller a Maquiavelo, el cual, en cambio de perder la confianza del pueblo, había adquirido gran autoridad y reputación. La segunda cancellería por él dirigida se encontraba desde ahora conjunto a la primera.

Después de una segunda misión ante el mismo señor del Piombino, tuvo la primera comisión de alguna importancia el 12 de julio de 1499, siendo enviado ante Catalina Sforza, condesa de Imola y Forli, cuya amistad la República trataba de granjearse, por la ubicación en que se encontraba su pequeño Estado, sobre los principales caminos que no sólo conducen de la Italia superior a la inferior, sino también por el que por el valle de Lamone conduce a la Toscana; por otra parte, el país surtía con frecuencia de tro-

pas y armas a los Estados vecinos, y el motivo inmediato de la comisión era obtener de la condesa el beneplácito para continuar la contrata de tropas que su primogénito Ottavio Riario había celebrado el año anterior con la República, contrato que podía prolongarse un año más, pero a lo cual no parecía dispuesto Riario, debido a que, según él, no se había cumplido con todo lo estipulado.

Después de varias entrevistas con la condesa, cuya interesantísima personalidad no analizamos por la índole de este trabajo, Maquiavelo, si bien no pudo obtener una respuesta definitiva, prolongó las negociaciones, consiguiendo que ésta enviara a su vez un delegado a Florencia, con lo cual los florentinos vieron llenada su principal aspiración, que era obtener la buena voluntad de la condesa sin insistir mayormente sobre la renovación de la contrata, desde que en esta forma se ahorrarían grandes gastos, que por el momento no eran sumamente indispensables. La forma en que Maquiavelo desempeñó su misión dió mayor realce a su persona, según cartas que le escribía su amigo Biagio Buonaccersi, dándole cuenta de la impresión que producían sus cartas ante la Señoría.

A su vuelta de Forli, encontró la ciudad en efervecencia por las noticias que se recibían de Pisa, dando cuenta de la inminencia de su caída, por lo cual se esperaba por momentos el correo que trajese la grata nueva. ¡Cuál no sería la desilusión y la indignación de los florentinos cuando, en cambio de recibir la tan ansiada noticia tuvieron conocimiento de que cuando todo el ejército, especialmente los jóvenes florentinos que habían ido como voluntarios, se mostraban llenos de ardor y próximos a dar feliz término a la batalla, sobrevino la orden de retirada, y el capitán Paolo Vitelli y su hermano, viendo que las tropas querían

ir adelante en cualquier forma, las obligaron a retirarse a golpes de espada.

De aquí nacieron graves sospechas de traición que, agregadas a otros diversos hechos, trajeron como consecuencia la orden de prisión de Paolo y de Vitellozzo Vitelli. En estos asuntos le toca activa participación a Maquiavelo, el cual estaba en el secreto de lo dispuesto por la Señoría en cuanto a los Vitelli, y escribía y daba órdenes a los comisarios mandados para prenderlos, en las cuales les recomendaba la mayor energía y prudencia. Paolo pudo ser hecho prisionero por medio de una estratagema, pero Vitellozzo, advirtiéndolo a tiempo lo que se había dispuesto, consiguió huir.

Paolo, llevado a Florencia, fué enjuiciado, y aunque no se pudo arrancarle confesión alguna, fué sentenciado y decapitado. Sobre el comportamiento de los Vitelli, hay distintas opiniones, aunque Maquiavelo no ha expresado su pensamiento al respecto, por la diligencia y deseos que demuestra en sus órdenes, demuestra su opinión. Lo que parece claro es que los Vitelli no querían tomar Pisa hasta tanto no se viese el resultado de la guerra de los franceses contra Ludovico el Moro.

Otra prueba de la parte activísima que Maquiavelo tenía en todas las cosas de la guerra y de la importancia que se daba a su colaboración, la encontramos en su breve discurso hecho a los magistrados de los Diez, sobre las cosas de Pisa, que no tiene fecha, pero que de su lectura puede deducirse que fué escrito en 1499. Es de advertir que el pueblo había elegido nuevamente a los miembros de este consejo. En dicho discurso, después de haber, con varios y justos razonamientos, demostrado ser vana toda esperanza de someter a Pisa por otra forma que por la fuerza,

examina las varias opiniones de los capitanes acerca del modo de distribuir en dos o tres campos las fuerzas florentinas y los planes de operaciones que proponía. Examinaba y exponía estos pareceres y propuestas con tanta exactitud y minucia, que demostraba en forma clarísima que sus estudios no sólo habían versado sobre las cosas del Estado, sino también sobre las operaciones militares.

El 9 de febrero de 1499, Luis XII, después de haber consolidado su poder, por medio de una hábil política interior y de una prudente administración de los fondos del Estado, y haber conseguido hacer popular una nueva campaña en Italia, concluyó con los venecianos una liga ofensiva y defensiva para la conquista del ducado de Milán, el que se obligaba a ceder en parte. Ludovico el Moro, que parecía tener hasta ese momento en sus manos el destino de la península, se encontró entre dos fuerzas poderosísimas y sin ninguna esperanza de ayuda, ya que los florentinos eran antiguos amigos de Francia, y el Papado, después de las promesas de ayuda de aquéllos al duque de Valentino, consentía el nuevo atropello.

El ejército francés, al mando de Trivulzio, avanzó rápidamente. Los capitanes del Moro, en parte lo traicionaron y en parte fueron incapaces. El pueblo, largamente oprimido, se sublevó, ante lo cual no tuvo más remedio que ponerse en fuga, dirigiéndose a Alemania, precedido de dos hijos y del cardenal Ascario, hermano suyo.

El 11 de septiembre el ejército francés entró en Milán, poco después lo hizo solemnemente Luis XII, ante el cual se presentaron los embajadores, siendo por éste especialmente distinguido el de Florencia, debido a que ésta siempre se había conservado fiel a Francia.

Los florentinos, a pesar de haber quedado descontentos

de los diversos capitanes franceses que quedaron en Toscana, se apresuraron a contratar con Luis XII un fuerte ejército para continuar la campaña contra Pisa. Este se obligó a ayudarlos mediante una fuerte paga y otras obligaciones accesorias. Pero todo quedó suspendido ante nuevos acontecimientos. El Moro, indirectamente favorecido por la conducta del nuevo gobernador de Milán, que había llevado gran descontento al pueblo mediante una política inhábil, retornó al frente de un poderoso ejército de suizos y fué proclamado por su pueblo. Pero los acontecimientos no variaron en esencia, debido a que, al enfrentar al ejército francés, que enarbolaba la bandera suiza conjuntamente con la suya, los suizos del Moro se negaron a combatir contra ella, quedando por lo tanto nuevamente a merced de los franceses, los que lo hicieron prisionero a pesar de haber tratado de huir disfrazado de monje. La misma suerte les tocó a varios capitanes que lo secundaban y a su hermano el cardenal. La fortuna del Moro cae para siempre, encontrando la muerte en la prisión, donde estuvo largos años.

Cambiando de táctica, los franceses nombraron gobernador de Milán a Jorge de Ambois, el cual era entonces cardenal de Ruán, quien, con habilidad suma, consiguió imponer fuerte tributo a la ciudad de mayores resistencias.

Después de la entrada del rey de Francia nuevamente en Milán, Florencia manda ante él como embajador a Tomás Soderini, a fin de contratar un fuerte ejército, mediante el cual pudiera en dos o tres meses someter a los pisanos. Bajo condiciones onerosísimas para la República, se consiguió las tan ansiadas fuerzas, con la esperanza de que su número acortaría la campaña y en definitiva los gastos serían menores. De parte de los franceses, el astuto cardenal de Ruán, quien tenía en sus manos el manejo

de los asuntos, había encontrado con gran alegría la forma de hacer mantener sus ejércitos, por el momento inactivos, por cuenta de otros, y si no en forma manifiesta, hizo los posibles para que la campaña se prolongase, y acumulaba exigencia sobre exigencia.

De aquí comienzan para Florencia las horas de desilusión. Las tropas llegan con un atraso enorme, y se le exige el pago desde el momento de su partida y una suma para su regreso. A pesar de todos los esfuerzos que hace para dar cumplimiento a la paga y avituallamiento, resultan pocos ante las pretensiones cada vez mayores de las tropas francesas.

A Maquiavelo, enviado como secretario de los dos comisarios florentinos, Lucas de los Albizzi y Juan Bautista Ridolfi, le toca ser testigo de los acontecimientos que se desarrollan en medio de las tropas, que a costa de tan grandes sacrificios, se habían encontrado. Las operaciones se desarrollaban lentamente, y las tropas a su paso por las ciudades y los campos, se entregaban a toda clase de excesos, saqueos en su provecho o en el del rey.

El descontento que mostraban las tropas aumentaba día a día, y la situación se tornaba amenazadora. Juan Bautista Ridolfi retorna a Florencia, quedando solamente Lucas de los Albizzi y Maquiavelo. Llegadas finalmente las tropas bajo los muros de Pisa, el 29 de junio, en número de 8000 hombres comandados por Baumont, los pisanos hicieron la propuesta de entregar la ciudad, con la condición de que ésta quedaría por el término de un mes en poder de los franceses, a cuyo término recién se entregaría a los florentinos, a lo que se rehusó, pensando que en ese lapso de tiempo podían ocurrir muchos acontecimientos de importancia que trajeran una modificación a la situación.

Albrizzi, siempre en medio de las tropas, hacía todo lo



posible para que nada les faltara, y no desfallecía, aunque claramente veía que de un momento a otro podían ocurrir gravísimos sucesos. A punto de tomar la ciudad después de un largo asedio, las tropas, continuando sus amenazas, se presentaron amotinadas ante el comisario y le amenazaron de muerte si no eran satisfechos prontamente sus pedidos de pago y aprovisionamientos. Prontamente se recibe en Florencia una carta escrita por Maquiavelo en su propio nombre, informando que los suizos, no habiendo obtenido lo que pedían, habían hecho prisionero a Albrizzi, llevándolo a Dijón. Parte de las tropas regresaron a Francia y el ejército se disuelve. Y así los florentinos, al cabo de tantos sacrificios en dinero, se encuentran sin tropas y con los pisanos envalentonados ante tantas tentativas infructuosas.

Luis XII escribe doliéndose de lo ocurrido y prometiendo someter a Pisa en cualquier forma; pero esto no fueron más que palabras. Nuevas tropas fueron ofrecidas por Francia a los florentinos, pero éstos no deseaban saber nada más de ellas; esto ofende al rey, circunstancia que aprovechan los enemigos de la República para ahondar las diferencias. Las quejas se cruzan de ambas partes, y además los franceses se ven precisados a cargar nuevamente con el mantenimiento de las tropas. Los franceses daban la culpa de lo ocurrido a los florentinos, y estos cargos, no desprovistos de cierta amenaza, eran tan graves, que se creyó necesario mandar a Francia a maese Francisco de la Casa y a Nicolás Maquiavelo, quien, habiéndose encontrado en medio de los sucesos, podía informar al rey.

Hasta el año 1498, Nicolás Maquiavelo había conocido muy poco de los hombres y el mundo; su espíritu se había fijado principalmente sobre los libros, interesándole particularmente los escritores latinos y la historia de Roma.

Pero en los dos años transcurridos después, había rápidamente comenzado a hacer experiencia de la vida real y de los asuntos del Estado. La legación a Forli le había dado una primera idea de las intrigas diplomáticas, el asunto de Vitelli y la conducta de los suizos le habían inspirado un profundo desprecio y casi odio por los soldados mercenarios.

La muerte de su padre, ocurrida el 19 de mayo de 1500, cuatro años después de la de su madre, y pocos meses antes de la de una hermana, lo convirtieron en jefe de la familia, si bien no fuese el primogénito, y le aumentaron cuidados y preocupaciones. La jira por Francia abría un nuevo horizonte a sus observaciones y un más amplio horizonte ante su espíritu, tanto más que, después de los primeros meses, habiéndose enfermado su colega, él quedó único encargado de la modesta pero importante legación.

El 18 de julio de 1500 tuvo lugar la deliberación que resolvió el envío de De la Casa y Maquiavelo al rey, y fueron escritas sus instrucciones con las cuales quedaban encargados de persuadirlo de que todos los desórdenes habían ocurrido por culpa solamente de sus soldados y buscar de inducirlos a disminuir las injustas y exorbitantes pretensiones de los dineros que él quería antes de haber sometido a Pisa. Debían proceder con cautela respecto al cardenal de Ruán y guardarse de desacreditar al capitán Beamont, su protegido. « Si pero — decían los señores — ustedes encontraran disposición de decir mal, entonces hacerlo vivamente, y darle imputaciones de vileza y corrupción. » Debían por lo tanto usar de gran prudencia y astucia para no ofender a los franceses, y a estas dificultades se agregaban la de ser los encargados hombres de condición social bastante modesta, no ricos y mal retribuidos.

A Francisco de la Casa le habían asignado un estipendio

de ocho liras de florines pequeños al día, y a Maquiavelo, que tenía un grado inferior, sólo después de muchos lamentos por él dirigidos a la Señoría en vista de los gastos insobrellevables que sostenía, los cuales no eran menores que los de su colega, le fué dado igual estipendio, pero la salida quedó siempre superior a la entrada. Bien pronto había gastado cuarenta ducados de su peculio y ordenaba a su hermano que contrajera deuda por otros sesenta. Debiendo seguir al rey de ciudad en ciudad, había sido necesario proveerse de sirvientes y caballos, y si bien al partir habían tenido ochenta florines cada uno, habían en seguida gastado cien ducados; los lamentos de ambos continuaban, máxime de Maquiavelo que no era rico y de naturaleza fácil para gastar.

La misión se presentó llena de dificultades. Debían seguir al rey de ciudad en ciudad, y la corte, compuesta en su tercera parte por italianos a quienes interesaba el retorno del ejército francés a Italia a fin de que apoyara sus ambiciones y rivalidades, les era francamente hostil a los florentinos. En cuanto comenzaban a hacer cargos a las tropas francesas, eran interrumpidos. Todo debía ser por culpa de los florentinos, y así transcurría el tiempo sin poder llegar a ningún acuerdo. Luis XII quiere mandar nuevamente tropas y los florentinos las rehusan, aquél lamenta que no hayan tenido a tiempo el dinero fijado y no escucha cuando se le observa que ni siquiera habían prestado el servicio prometido. El cardenal insiste nuevamente y capitanes llegados de Toscana agravaban el estado de las cosas, que se tornan amenazadoras. « Los franceses — escribían los enviados — están obcecados por su impotencia y estiman sólo al que está armado y pronto a dar dinero », agregando que no veían en los florentinos ninguna de estas dos condiciones, y que el grado y condi-

ción social de ellos y la misión poco grata que desempeñaban no era para esperar resultado satisfactorio.

El 14 de septiembre el rey parte para Melun y solo Maquiavelo le sigue, dirigiéndose De la Casa a París a causa de que se hallaba gravemente enfermo. Desde este momento Maquiavelo trata por todos los medios de hacer obra en beneficio de la República, y perdiendo casi de vista el objeto ya fracasado de su misión, sondea el ambiente en lo que respecta a la política italiana, conversando con los principales personajes de la corte y con el rey; empleando ya el latín o el francés, interroga y observa, y en sus correspondencias da cuenta de sus gestiones dejando traslucir desde ya la originalidad y la potencia de su ingenio. Penetra las intenciones y móviles del cardenal de Ruán, y habiendo sido nombrado el nuevo embajador Pedro Francisco Tosinghi, con más amplios poderes, y habiéndolo autorizado la Señoría a dar nuevas sumas de dinero, se tornó menos ardua la tarea de calmar los ánimos franceses y continuar las gestiones de política más general y obtiene la seguridad de que el duque de Valentino no dañaría la Toscana. Pero el 21 de noviembre se enteró por un amigo fidedigno que el Papa trataba de dañar los intereses de la República y aseguraba que hubiera bastado su voluntad para entregar Florencia a Pedro de Médicis, el cual había en seguida pagado las sumas reclamadas por los franceses y prometía aún otras ventajas. Maquiavelo trata de contrarrestar esta política del papado haciendo recalcar el peligro que para los franceses provendría del engrandecimiento de la Iglesia, lo cual era el modo más seguro de substraer a Italia de las manos de Francia.

Convencidos los florentinos de los progresos que realizaba la política del duque de Valentino, y ante la inmi-

nencia del peligro, solicitan el nombramiento de un embajador y prometen a los representantes de Francia el envío de nuevas sumas de dinero. Ante esto mandan los franceses órdenes precisas al duque de Valentino para que no osara atacar Bolonia ni Florencia.

Las cartas que escribió en el desempeño de esta misión causaron excelente impresión en Florencia, y en ellas, aunque vagamente, se puede vislumbrar el vigoroso escritor y el pensador profundo que lo transformó más tarde en el primer prosista italiano.

Vuelto a la patria, reasumió con su acostumbrado entusiasmo el desempeño de sus funciones en la Cancillería y el Registro de aquella época está lleno de sus cartas y la marcha de los asuntos readquiría el ritmo acelerado que le imponía su personalidad.

Poco después de su retorno de Francia, nuevos acontecimientos ocurridos en Pistoia, donde de largo tiempo venían agitándose los ánimos de las dos fracciones Panciatica y Cancillera en que se hallaba dividida la población, llegando en ese tiempo a producirse serios y sangrientos sucesos que obligaron a intervenir en forma enérgica a fin de sofocarlos y evitar posibles movimientos de rebelión contra Florencia. Maquiavelo no sólo tenía a su cargo la correspondencia, daba órdenes, era consultado por la Señoría y por los Diez, sino que fué enviado para que personalmente se impusiera de la marcha de los acontecimientos.

Nuevas amenazas se cernían sobre Florencia, y motivo de hondas preocupaciones fueron los movimientos de tropas del duque Valentino, el cual por orden de los franceses se veía impedido de atacar a Bolonia, pero se dirigía

resueltamente contra Toscana y ocupaba posiciones estratégicas secundado por Dionisio Naldi, y solicitando más tarde permiso para pasar con sus tropas por el territorio de la República diciendo querer volver con los suyos a Roma. Los florentinos, temerosos de una posible sorpresa, arbitraron varios recursos, enviando a él un amigo personal, un comisario de guerra sobre la frontera y un enviado especial a Roma para entrevistarse con el embajador francés. Por otra parte, aprestaron veinte mil ducados para enviarlos a Luis XII a fin de tenerlo, como lo consiguieron en efecto, a su favor. Los hechos se complicaban y las noticias del nuevo suceso llegaban continuamente. En medio de todo esto, Maquiavelo se multiplicaba, tratando por todos los medios de proveer de acuerdo con las necesidades. Restablecióse un tanto la calma en la ciudad al tenerse conocimiento de que la ayuda de los franceses era segura, pero el duque de Valentino no se detenía y nuevas tropas intervenían en escena, ante lo cual se hizo necesario proveer a la defensa de la ciudad contra un posible asalto. Maquiavelo era el alma de esta organización, y algunos jefes regionales con que contaba le parecía que eran la simiente de una milicia nacional que substituyera a las tropas mercenarias. Después de estos preparativos se mandaron embajadores al duque invitándolo a pasar si así lo deseaba, pero tratando de hacerlo lo más rápidamente posible y sin detenerse. El avanzó insultando y saqueando las tierras, por lo cual la irritación popular fué siempre en aumento y volviéndose contra los magistrados que tan gran paciencia demostraban tolerando tales excesos.

Finalmente, viendo que los florentinos se hallaban realmente protegidos por los franceses, manifestó su voluntad de estrechar vínculos con ellos y ofrecióse a servir a la República con sus tropas mediante una contrata, pero siem-

pre que le dejaran libre el paso para ir según sus designios contra el Piombino y que se cambiara la forma de gobierno, llamando a Pedro de Médicis, a fin de que él pudiera estar seguro de sus promesas. Los florentinos, antes de toda respuesta, armaron nuevas tropas, y luego le manifestaron que en cuanto a la empresa del Piombino podía continuar su viaje, pero que en lo que respecta al cambio de forma de gobierno, no debían hablar ni siquiera de ello, puesto que no era asunto suyo. El duque, no insistiendo más, avanzó e hizo saber que se conformaba con una contrata de 36.000 ducados anuales, por el término de tres años, sin obligación de servicio efectivo, pero pronto a acudir con 300 hombres cuando fuese necesario. Los florentinos, con tal de hacerlo partir, firmaron el convenio con la reserva mental de no dar cumplimiento al compromiso, cosa por otra parte sabida y deseada por el duque, lo que podría procurarle más adelante una excusa para atacar a la República.

Después de la caída de Nápoles en manos de los españoles y franceses, las gentes del duque entraron en Piombino, donde en febrero llegaba el Papa, lleno de entusiasmo, a ver los planos de las fortalezas que hacía construir su hijo.

Así los florentinos, se encontraron nuevamente con el temido enemigo a las puertas y por otro lado con nuevas exigencias de los franceses reclamando cuantiosas sumas, que acabaron por agotar los recursos de la República, tornando nuevamente impopular el Consejo de los diez. De Pistoya se pedía otra vez ayuda, porque la ciudad se encontraba nuevamente entregada al furor de los partidos en lucha. Nuevamente Maquiavelo fué enviado dos veces durante el mes de octubre para llevar órdenes y aconse-

jar a su regreso, tanto a los Diez como a la Señoría, sobre lo que habría de proveerse. Después de estas comisiones, Maquiavelo escribe una relación para dar a los magistrados una idea más clara de todo lo currido.

Nuevos compromisos contraídos y aumentados los impuestos a un grado tal que ya no era posible arbitrar nuevos recursos, la situación se tornaba difícil y el descontento del pueblo se manifestó negándose a elegir el Consejo de los Diez; confiándose las cosas concernientes a la guerra con Pisa a una comisión elegida por la Señoría, la que fué de mal en peor. Los pisanos, saliendo de la ciudad, habían ocupado algunas tierras y reductos construídos por los florentinos, entablado negociaciones con el papa y el duque para formar un Estado independiente que llegara hasta el mar y reconquistar parte de las tierras tomadas por los florentinos, con los cuales no se debía jamás hacer paz o tregua. El duque tendría el título de duque de Pisa y el ducado sería hereditario, y uno de los Borgia sería arzobispo de Pisa. Estos proyectos quedaron sin efecto, pero bastaban para demostrar a los florentinos el empeño que ponían los Borgia para ayudar a los enemigos de la República en toda Italia, bajo pretexto en otros casos, de formar una liga contra los extranjeros y en particular contra los franceses.

Vitellozo se hallaba en las inmediaciones de Arezo, con la manifiesta intención de sublevarla contra la República, y el duque de Valentino se hallaba próximo, a fin de intervenir en el momento oportuno, pretextando por el momento no querer intervenir en lo que uno de sus propios capitanes estaba haciendo. La República, no pudiendo disponer de ninguna fuerza, envió con gran premura un comisario de guerra, pero apenas llegado, el pueblo se su-



blevó, y hubo de encerrarse juntamente con su hijo, el obispo de Arezo, en la fortaleza. La plaza fué ocupada por las tropas del duque, y poco tiempo después la fortaleza tuvo que rendirse sin haber podido enviársele recursos a tiempo. El duque pidió a la República que le mandara emisarios para conferenciar, siendo comisionados con este objeto Francisco Soderini, obispo de Volterra, acompañado de Nicolás Maquiavelo. El duque se encontraba en Urbino, de la que se había apoderado a traición. Allí quedó varios días Maquiavelo, volviendo luego para ampliar los informes verbalmente a la Señoría. Por esto sólo los dos primeros despachos de la legación están escritos por él, si bien aun esos firmados por el obispo Soderini. El segundo, con fecha 26 de junio, contiene un retrato del duque, hecho en tal forma, que demuestra claramente como éste había ya dejado una profunda impresión sobre el ánimo del secretario florentino. Fueron recibidos la noche del 24, a las dos de la mañana, en el palacio en el cual el duque se encontraba con pocos de los suyos, teniendo la puerta siempre cerrada y bien guardada. El dijo querer salir de toda incertidumbre con respecto a los florentinos, y ser su amigo o enemigo declarado. Cuando no aceptasen su amistad, estaría excusado ante Dios y los hombres, si hubiese buscado de asegurar en cualquier forma sus Estados que confinaban con el de ellos por tan gran trecho, y agregó : « Yo quiero tener explícita seguridad, que demasiado bien conozco cómo la ciudad vuestra no tiene buen ánimo con respecto a mí, aun más me acusa como asesino, y ha buscado de hacerme grandísimos cargos ante el Papa y ante el rey de Francia. Este gobierno no me gusta y debéis cambiarlo, de lo contrario, si no me queréis amigo, me probaréis enemigo. » Los enviados contestaron que Florencia tenía el gobierno que deseaba, y ninguno podía en Ita-

lia vanagloriarse de servir mejor la fe. Que si el duque quería de veras serle amigo, podía probarlo en seguida, haciendo retirar a Vitellozzo, que al fin era su hombre. A esto respondió que Vitellozzo y los otros operaban por su cuenta, si bien a él no le desagradase nada que los florentinos recibiesen sin su culpa una buena y merecida lección. Dejando entrever que contaba con la neutralidad de Francia y aun casi con su complicidad, amenazaba a Florencia con enviar contra ella un ejército de 20 a 25.000 hombres, y exigía una respuesta categórica en el plazo de cuatro días. Expresamente presionaba en forma tan perentoria, porque se hallaba en conocimiento de que las fuerzas francesas venían en socorro de los florentinos y quería precipitar los acontecimientos antes de su llegada.

Después de dar cuenta de todo esto en carta dirigida a la Señoría, Maquiavelo se puso en viaje a Florencia con el ánimo, según lo expresó él mismo, lleno de una extraña admiración, por este enemigo de su patria, admiración que había en él acrecido, la que ya tenía por los Borgia el obispo Soderini. Este quedó cerca del duque, el cual hacía cada día mayores premuras y amenazas, de las que los florentinos se curaban muy poco, porque sabían que ya estaban en camino las tropas francesas. Llegadas éstas, Vitellozzo entró inmediatamente en negociaciones, y después de algunos pequeños reparos, entregó la ciudad y tierras circundantes, cayendo sobre él, por obra del duque y del papa, la responsabilidad de todo lo ocurrido.

Hacia la mitad de agosto, Maquiavello fué enviado al campo francés, a fin de recoger ciertos informes e impresiones, retornando en seguida a Florencia. Por dos veces aun fué a Arezzo, para ver el estado de las cosas y presenciar la partida de las tropas francesas.

Por fortuna, todo resultaba discretamente bien, y él ya comenzaba a meditar, de tiempo atrás, sobre las cuestiones políticas, no como simple secretario, sino como hombre de estudio y de ciencia, en cuya mente los hechos particulares se estaban ya coordinando bajo normas y principios generales. Compone, después de los sucesos de Arezzo, su breve escrito titulado *Del modo de tratar los pueblos del valle de Chiana rebelados*.

« Es un discurso — dice Villari — que el autor supone dirigir a los magistrados de la República, pero no de aquellos que se componen por obligación del puesto de la secretaría; es, al contrario, la primera tentativa para elevarse de la práctica burocrática de todos los días, a la cima de la ciencia. Y nosotros podemos desde ahora comenzar a ver en germen las grandes condiciones y defectos que más tarde encontraremos en las obras mayores de Maquiavelo. Lo que primero de todo llama nuestra atención, es el modo singular con que en la mente del escritor se encuentran entre ellos la experiencia de los hechos presentes, los juicios que se había ido formando sobre las acciones de los hombres por él conocidos, entre los cuales no es el último el duque, con una extraordinaria admiración de la antigüedad de Roma, la cual parece ser para él el único anillo que une las observaciones recogidas de día en día con la generalidad de su ciencia toda incierta. Parangonando, él dice, lo que hoy sucede con aquello que en símil caso ha sucedido y se ha hecho en Roma, podemos llegar a comprender aquello que debemos hacer nosotros, porque los hombres en substancia son siempre los mismos y tienen las mismas pasiones, así que cuando las circunstancias son idénticas, las mismas razones traen los mismos efectos, y entonces a los mismos hechos debe seguir la misma regla de conducta. Ciertamente que el recurrir a la antigüedad y a

la historia, para buscar, parangonándolos con la experiencia del presente, los principios que reglan la marcha de las acciones humanas, y deben guiar los gobiernos, era en aquellos tiempos un pensamiento bastante audaz y original. Pero si la historia expone la sucesión de las vicisitudes humanas, ella también demuestra que el hombre y la sociedad cambian de continuo, y normas absolutas e inmutables, difícilmente se pueden encontrar. Y en verdad, si bien se observa, aunque ella sea el ejemplar, el modelo a la cual de continuo recorre Maquiavelo, le sirve bastante a menudo sólo para dar mayor autoridad, o a proveerle la demostración de aquellas máximas que a él, en substancia, le habían sido sugeridas por la experiencia. Y en esto se puede ver la primera fuente de muchos dones y defectos. No habiendo todavía llegado a ver claro el proceso, según como del pasado resulta un presente siempre distinto; y sin embargo a él intrínsecamente unido, no estando todavía bastante seguro de su método para buscar con rigor científico principios generales de hechos particulares, entre unos y otros ponía la antigüedad, la cual debía resultar un vínculo artificial, toda vez que era llamada a demostrar solamente aquello de lo cual él ya estaba antes persuadido. Todavía en esta primera tentativa nosotros vemos bastante claro, cómo solamente saliendo casi sobre las espaldas de ella, él consiguiese, cansado cual estaba de las minuciosas tareas de todos los días y de una política de pequeños repliegues, levantarse a un mundo superior. Iba llevado y suspenso por la potencia de su análisis, de su genio y de una fantasía inquieta, tentaba crear una ciencia nueva, no sin caer algunas veces en excesos que no desaparecieron jamás del todo y que más tarde le fueron también reprochados por Guicciardini, el cual lo acusó de amar demasiado las cosas y modos extraordinarios. »

Las cosas de la República no marchaban en forma segura debido al continuo cambio de gobernantes, y todos veían la necesidad de alguna reforma. Una nueva ley había sido dictada en abril de aquel año, mediante la cual se había abolido el podestá y el capitán del pueblo, antiguos magistrados que habían tenido en origen un puesto político y judicial; pero perdida desde mucho atrás la primera de sus atribuciones, cumplían en forma deficiente la segunda que, además, era de mucha importancia. Fué entonces instituída según una antigua sugestión de Savonarola, la Rueda, compuesta de cinco doctores en leyes, de los cuales cada uno presidía turno por seis meses, y durante los cuales ocupaba el lugar del podestá. Con otra del 21 de abril fué reformada la Corte mercantil obligándola a tratar solamente los asuntos comerciales. Todo esto, como es bien fácil comprenderlo, no remediaba la marcha general de los asuntos de un gobierno cuya debilidad nacía principalmente de mudar cada dos meses el gonfalonero y la Señoría. Con eso no se formaba tradición, no podían existir secretos de Estado; todo se trataba en público, y solamente el primer canciller Marcelo Virgilio, por la mucha fe y autoridad, mantenía una sombra de uniformidad en la conducción de los asuntos. Por esta razón se pensó llevar algún cambio a la forma de gobierno. Fueron propuestas varias reformas, pero definitivamente se pensó en crear un gonfalonero por vida. El carácter legal del nuevo gonfalonero, no fué muy diverso del anterior, jefe de la Señoría y nada más; si bien podía siempre en ella tomar la iniciativa en las propuestas de leyes, podía también intervenir y votar con los jueces en las sentencias criminales, lo que ya formaba un aumento de poder. El 22 de septiembre fué elegido Pedro Soderini, muy querido por el pueblo y que había sabido contemporizar con todos. El 23 del

mismo mes, Maquiavelo hacía escribir y le mandaba a Arezzo, donde era comisario, la carta de participación, expresándole le esperanza de que consiguiese dar a la República aquella felicidad por la cual el nuevo puesto había sido creado. Esta elección fué un hecho bastante importante, no sólo en la historia de Florencia, sino también en la vida de Maquiavelo, porque él conocía de mucho tiempo a la familia Soderini, y bien pronto ganó por completo la confianza del nuevo gonfalonero, el cual, como veremos, se valió de él en asuntos de mucha importancia.

Nuevamente los Borgia llaman la atención de toda Italia por los rápidos progresos que realizaban las armas del duque Valentino, cuyos triunfos eran festejados por su padre el Papa con tan desenfrenada alegría, que le hacía perder el dominio de sus actos. El veía las futuras conquistas de su hijo y lo hacía en su pensamiento señor de toda Italia central, aunque no sabía qué actitud adoptarían los venecianos. El duque, sin pérdida de tiempo, avanzaba sobre Bolonia cuando llegó el veto de Francia que le hizo comprender que no habría jamás permitido que los Borgia se fueran enseñoreando de Italia, prohibiéndole por lo tanto de pensar en la conquista de Bolonia y la Toscana. En el mismo tiempo, sus principales capitanes, entre los cuales se contaban los Orsini y Vitellozzi y otros pequeños señores de la Italia central, comprendieron que la política del duque era destruirlos uno por vez, por lo cual, creyendo que habría muy pronto sonado también para ellos su hora, se reunieron y deliberaron tomar las armas y rebelarse contra el duque, creyendo oportuno el momento, desde que la Francia lo abandonaba. Consiguieron reunir un fuerte ejército, y después de buscar el apoyo de Florencia y Ve-

necia, las cuales se mantuvieron a la expectativa, libraron batalla con las tropas del duque que habían permanecido fieles, derrotándolas completamente. Por un momento parecía que la obra del duque se esfumaría, pero éste consiguió oponer alguna resistencia y recurriendo a la Francia, ésta mandó en su ayuda a Carlos de Ambois, señor de Chaumont. Esto cambió completamente el estado de las cosas, llenando de pánico a los enemigos del duque, los cuales, no habiendo sabido apovechar la victoria obtenida, veían en la bandera de Francia el triunfo de él y su propia ruína.

El duque y el papa, desde el momento en que la ruptura con los Orsini fué manifiesta, habían con premura pedido a Florencia que mandase embajadores ante ellos, queriendo asegurarse la amistad de un Estado que, confiando con la Romaña, podía pesar mucho en el desarrollo de los acontecimientos. En cuanto al papa, los florentinos deliberaron fácilmente y acordaron mandar a Victorio Soderini, pero en cuanto al duque, la deliberación fué larga, debido a que no se le consideraba enemigo ni querían tampoco estrechar con él amistad que les obligara a ayudarlo, lo cual podría traer contra ellos sus enemigos tan numerosos y en armas. No pudiendo la Señoría ponerse de acuerdo, resolvió que los Diez mandaran un enviado especial. La elección cae en Maquiavelo, que no tenía entonces ni el grado ni la reputación necesaria a un embajador, pero había dado buenas pruebas de su talento en otras legaciones. Como secretario de los Diez, él no podía rehusar tan honorable comisión, pero parecía que la aceptase con gran sentimiento y partiese de malísimas ganas. Cada una de estas comisiones lo obligaba a contraer nuevas deudas, porque era siempre mal retribuído, y a él le gustaba gastar y mantener la dignidad de su cargo. Sentía además

no tener ni el grado ni la autoridad necesaria para tratar honorablemente con el duque. A todo esto se agregaba que recientemente había contraído enlace con Marietta de Ludovico Corsini, la cual sentía por él gran afección y estaba tristísima por tan pronta separación.

Tampoco de este hecho, tan importante en la vida privada de Maquiavelo, se conocen detalles. Parece ser que todo lo que se ha escrito respecto a su mujer, carece de fundamento, lo mismo que la versión que hacía de la novela de Belfavor una venganza del marido contra ella. Algunas cartas suyas y muchas escritas por amigos de Maquiavelo, prueban que era muy afecta a los hijos y a su marido. Este, por su parte, a pesar de sus escapadas y la procacidad de algunas de sus cartas, debió ser un buen padre y esposo cariñoso, aunque parece que no le escribiese mucho, valiéndose a menudo de otros para hacerle llegar sus noticias. Aun ni siquiera el reciente matrimonio parece que le hubiera hecho cambiar sus hábitos de vivir en forma poco moderada, de lo cual hablaba y escribía, riendo, a muchos y entre otros Buonaccorsi, del cual se servía, para recibir noticias de su mujer y mandarlas suyas.

« Sin querer atribuirle una delicadeza muy ideal de sentimientos, los cuales él ciertamente no tuvo, no podemos concluir de esto que no sintiese afección por la mujer y la familia; este sería un error desmentido por los hechos. En su conducta, en sus conversaciones, debemos en cambio ver la consecuencia del poco respeto, para no decir desprecio de la mujer, comenzado en Italia con la decadencia moral de la nación, y de aquel cinismo en el hablar de todo aquello que se relaciona a las costumbres, ampliamente introducido entre nosotros por los eruditos, y convertidos en un hábito en los hombres, aun en aquellos más buenos y afectuosos. De cuanto en efecto sabemos de Bu-



naccorci, él era de un carácter bajo todo respecto excelente, y sin embargo son sus cartas a Maquiavelo las que ofrecen la principal prueba de todo lo dicho anteriormente, y que al publicarlas, es necesario a menudo suprimir muchas palabras y aun muchos períodos, para no disgustar demasiado al lector moderno. »

El 4 de octubre fué firmado el salvoconducto, y el día siguiente la comisión que le ordenaba partir sin tardanza, para presentarse al duque y hacerle toda clase de protestas de amistad, y declararle que la República había negado rotundamente la ayuda solicitada por los conjurados contra él. En esta parte, decía la instrucción, te extenderás cuanto te parezca a propósito; pero de cuanto S. E. te preguntara de otros asuntos, te limitarás a darnos aviso, y esperar respuesta. Habíanle encargado también pedir un salvoconducto para los mercaderes florentinos, que yendo o viniendo de Oriente, pasaban por los Estados del duque, recomendándole bastante vivamente una cosa como esa « que es el estómago de esta ciudad ».

Es fácil comprender qué ardua empresa debía ser para el modesto secretario florentino ir en substancia a ofrecer palabras a un hombre como el duque, que las hacía muy pocas y quería menos, y en un momento cuyo ánimo se hallaba llenos de deseo de venganza. Pero precisamente en esta legación, de tan mala voluntad aceptada por Maquiavelo, comienza por primera vez a manifestarse todo su genio político. Todavía inexperto de la vida práctica, y por naturaleza más dado a observar y a comprender, que a obrar, se encontró ante un hombre que no hablaba, pero hacía, que no discutía pero exteriorizaba su pensamiento con un gesto, con un acto, el cual indicase la resolución ya tomada. Sintiendo toda la superioridad de su ingenio sobre el del duque, sentía a la par su inferioridad como

hombre de acción y veía cuán poco se adelantaba en medio del juego de las pasiones y en la realidad de la vida, con un carácter dado a reflexionar y ponderar demasiado las cosas. Todo esto comenzó en seguida a acrecer en él aquella admiración cuyos primeros signos vemos en su jira a Urbino, con el cardenal Soderini. « El duque no era, como ya notamos, un gran político ni un gran capitán, pero sí una especie de capitán de bandoleros, cuya fuerza provenía principalmente del Papa y de la Francia. Había, sin embargo, sabido crear un Estado de la nada, inspirando terror a todos, hasta al mismo papa; circundado por un momento de gran número de enemigos potentes y armados, supo librarse y deshacerse de ellos con una gran audacia y un arte infernal. Esta audacia y este arte era aquello que tantos entonces admiraban, y Maquiavelo aun más que los otros. Considerándole en sí mismo y sin muchos escrúpulos, él se preguntaba : dónde podría él llegar cuando fuesen empleadas a un diverso y más noble fin. Y así su mente comenzó a exaltarse. El duque, por otra parte, encontrándose ante un hombre educado sobre los libros y en la cancillería de Florencia, sentía sólo la superioridad de la propia fuerza y lo demostraba claramente en sus discursos. Pero este hombre era Nicolás Maquiavelo, cuyo ojo penetraba bastante adentro, y si no tenía siempre aquel instinto que sugiere la pronta respuesta y la inmediata acción, ninguno podía a la par de él, después del hecho, llegar a un más seguro análisis de las acciones de los otros. El no podía ni quería tomar ninguna participación en aquello que sucedía ante sus ojos, pero en su mente ahora por la primera vez se comenzaba a formular precisa y clara la idea de dar a la política una base científica y segura, mirándola como teniendo un valor propio, distinto, separado en efecto de todo otro valor moral; como

el arte de encontrar los medios para obtener el fin, cualquiera que él fuese.

Maquiavelo en tanto, partió rápidamente para Imola, donde se presentó al duque tal cual llegaba del largo viaje. Entonces la rebelión, había apenas comenzado y no se podía medir su importancia. El duque escuchó las protestas de amistad hechas por Maquiavelo, en nombre de la república, sin responder, teniendo como simples fórmulas de uso. Dijo quererle confiar secretos que no había dicho jamás a ser viviente; y comenzó a referirle cómo los Orsini se habían otra vez casi echado a sus pies, para que asaltara Florencia y él no había querido jamás consentirlo. De su ida a Arezzo no había sabido nada, pero no le había desagradado, porque los florentinos no le habían mantenido la fe. Llegadas después cartas del papa y de Francia en donde les ordenaban que se retirasen, debió hacerlas respetar. De esto, los odios que lo habían llevado a esta conjuración contra él, pero eran locos, porque estando el papa vivo y el rey de Francia en Italia, « le hacían tanto fuego debajo, que se necesitaba otra agua que ellos para apagarlo ». La conclusión de todo el discurso fué, que este era el momento para los florentinos de concluir una estrecha alianza con él. Era necesario declararse y llegar en seguida a un pacto. Maquiavelo debió responderle, que escribiría en seguida a Florencia, lo que desagradó en seguida al duque, el cual no quiso agregar nada más, cuando le pidió que determinase en alguna forma, qué especie de acuerdo quería. « *E nos ostante che io gli entras si sotto, per trarne da lui qualche particolare, sempre giró largo.* »

El 9 de octubre, fecha en que los rebeldes firmaron el pacto contra el duque, éste llamó a Maquiavelo, colmándolo de tantas gentilezas, que éste decía no saber como des-

cribirlas. Le hizo oír la lectura de algunas cartas venidas de Francia, queriendo que leyera la firma, e insistiendo desde el principio en la necesidad de un pronto acuerdo. Se ve claro, escribía Maquiavelo, que el duque está ahora dispuesto a cualquier acuerdo, pero sería necesario mandar embajador con pactos definitivos. El secretario y los agentes del duque ejercían sobre él presión, repitiéndole las mismas cosas. Llegaba mientras tanto la noticia de la derrota de sus tropas, y Maquiavelo encontraba una dificultad grandísima para conocer los particulares, « porque en esta corte, todo se gobierna con un secreto admirable y las cosas que son para callar, no se dicen jamás. El duque siempre impenetrable, afectaba un sumo desprecio por sus enemigos y por el número de gentes de armas que pretendían tener, diciendo que hacían bien en llamarlos hombres de armas blancas, que quiere decir nada, y extendiéndose en consideraciones despectivas respecto a Vitellozzo y los Orsini, hablando siempre con calma y sin dejar traslucir la menor preocupación ».

En estos días, el peligro lo había vuelto sin embargo, más accesible, y Maquiavelo, pudo obtener el salvoconducto, para los mercaderes florentinos, que mandó en seguida a los Diez, agregando de continuo todas las noticias que podía obtener. El 23 de octubre, tuvo otra larga conferencia con el duque, que le hizo leer una carta bastante favorable del rey de Francia, agregando que las lanzas francesas estaban por llegar, lo mismo que la infantería suiza. Habló nuevamente de los Orsini, e insistió en que los florentinos debían hacer con él franca amistad. Era siempre la misma conclusión, a la cual Maquiavelo, no podía dar respuesta, y a ésto se agregaba para aumentar su confusión, que él no llegaba a comprender qué resultado podrían tener los acuerdos que se estaban tramitan-

do entre el duque y los Orsini. Finalmente, dichos acuerdos fueron concluídos con fecha 28 de octubre, y firmados por el duque y Pablo Orsini, y Maquiavelo con fecha 10 de octubre, mandaba a los Diez una copia obtenida secretamente. Se juraba paz ofensiva y defensiva, entre el duque y los rebeldes. El duque prometía tener a sus expensas a los Orsini y a Vitellozzi como capitanes, dejándose a un lado expresamente a los rebeldes, que contando con el apoyo de Francia, le hubiera sido imposible atropellarlos más adelante. Era clara la desconfianza con que se firmaba de una y de otra parte el acuerdo, ni se puede comprender cómo los Orsini y Vitelli, se hayan jamás dejado tomar en la red, si no fuese que la ayuda de los franceses al duque, los tenía aterrados, y la falta de dinero les hacía imposible continuar la lucha, contra un adversario tan potente, y sostenido por el papa y la Francia. Esperaban tomar tiempo, para volver a empezar, pero el duque estaba sobre aviso, y si bien, rodeado de enemigos, les sería más adelante muy fácil deshacerse de ellos. Maquiavelo describe a los Diez, con la más grande evidencia, paso por paso, todo el trámite de estos sucesos, y como los magistrados se quejaron de los días que dejaba transcurrir sin enviar nuevas noticias, pone de manifiesto las dificultades que tenía que vencer para obtener los informes, con un príncipe tan personal en sus asuntos.

Ni de los Borgia, ni de los Orsini y Vitelli, dice Villari, la República en modo alguno podía confiarse, porque los acuerdos hechos con ellos duraban hasta que le conviniera a ellos. La base de su política en Italia, era la alianza con Francia, cierto no muy segura, pero no tan peligrosa como aquella con los Borgia. A éstos por lo tanto, no se quería dar más que palabras, y un embajador podía bien mandarse en obsequio del papa, pero no del duque que